

RESTOS MUDÉJARES DE LA CATEDRAL DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA: EL ALFARJE DE LA SALA CAPITULAR

M.ª TERESA SÁNCHEZ TRUJILLANO
(Museo de La Rioja)

A pesar de que La Rioja pertenecía al área política y cultural de Castilla, es muy parca en manifestaciones mudéjares, al contrario que otras regiones del reino y de la propia predilección de los reyes por rodearse de un ambiente artístico andalusí. Hay muchos ejemplos de techos y yeserías de Toledo, Sevilla o Granada en los que sólo su ubicación permite hacer la adscripción cultural y estilística. Lo mismo sucedía en Aragón y en menor medida en Navarra. Sin embargo en La Rioja se pueden contar con los dedos de una mano las obras de mudéjares que nos han llegado: los arcos con alfiz del Monasterio de Cañas¹, la decoración de azulejos del Alcázar de Nájera², el coro de Viniegra de Arriba, la temática de claraboyas del Monasterio de La Estrella³, y los ventanales del costado N. de la Catedral de Sto. Domingo. A este corto repertorio se ha venido a sumar el hallazgo de un nuevo techo en la Sala Capitular de este mismo edificio, aparecido en el mes de abril de 1992 al hacer obras de restauración en ella y eliminar el cielo raso que lo ocultaba. Con él, la catedral de Sto. Domingo se convierte en el lugar que más muestras de arte mudéjar conserva in situ, aunque sospechamos que algunas ha perdido. (Fig. 1).

Los más antiguos son las yeserías que cierran los ventanales del costado N. de la catedral, pero desaparecidos u ocultos parcialmente por las construcciones del coro adosado al exterior de este mismo muro.

La nave izquierda de la catedral recibía luz del exterior por un ventanal abierto en cada uno de sus tramos, en arco apuntado que se divide interiormente en otros dos con óculo sobre ellos según el esquema característico del gótico del siglo XIII. De ellos son visibles los que están situados sobre las puertas del claustro, aunque quedan restos

1. El Monasterio de Cañas tiene adosado a la crujía occidental del claustro un gran almacén de planta rectangular, dividido longitudinalmente por una arquería de ladrillo de arcos apuntados y enmarcados por alfiz.

2. SÁNCHEZ TRUJILLANO, M.ªT. y GÓMEZ MARTÍNEZ, J.R., *Azulejería del Alcázar de Nájera*. I Congreso de Arqueología Medieval Española. Huesca, 1985, vol. 11, pp. 663-668. SÁNCHEZ TRUJILLANO, M.ªT., *Decoración mudéjar del Alcázar de Nájera*. II Jornadas de Historia Medieval. Nájera, 1991. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1992, pp. 205-220.

3. Recuérdese que la sillería con respaldo de claraboya que preside el coro de la iglesia de Abalos y el púlpito de igual estilo que se conserva en el Museo, procedían del Monasterio de La Estrella. E igual procedencia tienen las yeserías del balcón de la Casa Paternina de Haro. En todos estos ejemplos los motivos recortados de claraboyas característicos del gótico del siglo XV se disponen repetitivamente con un marcado horror vacui islámico.

de otros ocultos por el interior. Estas ventanas se cierran con celosías de yeso de dibujo geométrico según dos esquemas diferentes, pues la del último tramo es más ancha y contiene un variado repertorio de lazos. El esquema por tanto más empleado consiste en círculos de estrellas en el óculo superior y seis recuadros iguales en cada uno de los arcos interiores, todos de lazos de 8. (Foto 1).

El óculo encierra un círculo central con una estrella de cuatro puntas y otros cuatro círculos a su alrededor, mayores, dispuestos cardinalmente, con una estrella de 8 puntas cada uno, pero de trazado diferente por parejas. Su origen es clásico, pues derivan de composiciones de círculos secantes que se repiten en lo prerrománico y en el primer arte islámico, tanto de Oriente como de Occidente, y se divulgarán con trazado rectilíneo a partir del siglo XII con las geometrías impuestas por la ortodoxia almorávide.

En el interior de los arcos se repite el mismo motivo sin rupturas, en forma de estrella de 8 puntas recuadrada y superpuesta seis veces hasta ocupar la altura total del vano. Este dibujo responde a un esquema de estrella de 8 enmarcada en un cuadrado que está formado por ocho cartelas hexagonales —dos por lado— y estrellas de 8 en los ángulos. El origen de este motivo básico es antiguo pues parte de modelos clásicos de tema central —círculo, estrella, medallón polilobulado— recuadrado, pero el arte hispano-árabe lo reproduce en un sin fin de geometrías desde su trazado más simple en época califal hasta la decoración nazarí de La Alhambra y los edificios mudéjares toledanos y andaluces de los siglos XIV y XV⁴. Las yeserías de Sto. Domingo deben ser uno de los ejemplos más antiguos del desarrollo completo del esquema inicial, pues si el claustro que oculta dos de ellas fue construido por el obispo Juan del Pino, muerto en 1346, las celosías tuvieron que ser hechas en el siglo XIII, probablemente durante el episcopado de Almoravid de Carte (1287-1300) y la dirección de las obras por Ferrant Ibáñez⁵. En La Rioja volvemos a ver este dibujo en una de las series de azulejos hechos en el siglo XV para decorar el Alcázar Real de Nájera⁶.

La ventana del último tramo mantiene el diseño del óculo en cuanto a la disposición de los círculos, pero cambia el dibujo interior de éstos a base de estrellas de 4 y 8 puntas de entrelazo alrededor de una estrella simple de 6. Los arcos son más anchos y más cortos y su interior, bajo un intradós trilobulado, se ha dividido en dieciocho cuadrados y uno más para rellenar el espacio bajo la clave, cada uno con un dibujo diferente en los que predominan las mallas entrecruzadas en vertical o en diagonal y los entrelazos de 4 y 6. Los tres recuadros inferiores son un castillo y un león alternando. También se puede rastrear un origen antiguo a los motivos del óculo y cada uno de los recuadros, pero en este caso se incorpora un elemento heráldico característico del arte occidental, y, por su reiteración, del mudéjar. Los escudos de Castilla y León unidos se repiten de modo ininterrumpido desde la unificación de ambos reinos en 1230 por Fernando III, y al considerar que esta ventana ha sido también cegada por la construcción del claustro, tuvo que hacerse en época parecida a las anteriores, aunque por un taller menos riguroso en la elección de los temas. (Foto 2).

4. Cfr. PAVÓN MALDONADO, B., *El arte hispano-musulmán en su decoración geométrica. Una teoría para un estilo*. Madrid, Instituto Hispano-árabe de Cultura, 1975.

5. Obsérvese el nombre islámico de este obispo. Ferrant Ibáñez aparece citado como director de las obras de la catedral en 1280. Cfrs. MOYA VALGAÑÓN, J.G., *Etapas de construcción de la Catedral de Santo Domingo de La Calzada*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991, pp. 16 y 56.

6. Pertenece al grupo de «cuenca y arista» y es una corta serie de estrellas de 8 que al unirse un azulejo con otro se completa el dibujo del recuadro y las estrellas de los ángulos. V. nota 2.

Foto 1: Celosía de yeso sobre la puerta del claustro en el segundo crucero de la nave izquierda.

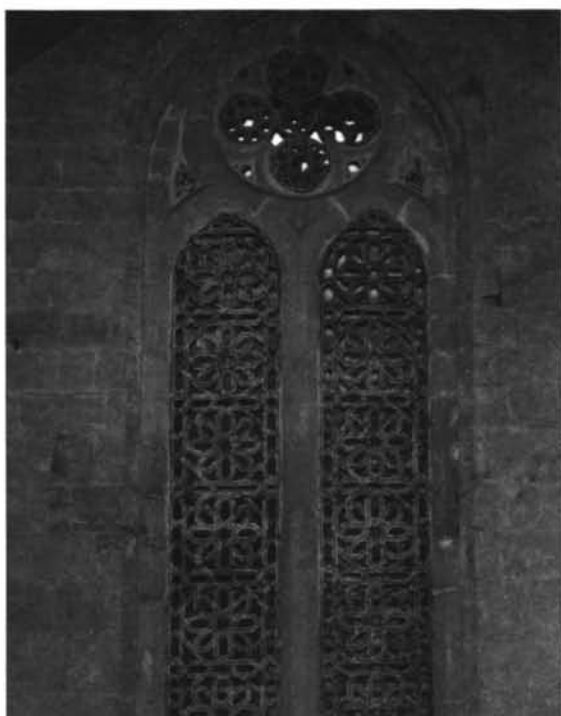


Foto 2: Celosía de yeso sobre la puerta del claustro en el último tramo de la nave izquierda.



A estos elementos conocidos se ha venido a sumar el techo de la Sala Capitular aparecido durante la restauración de la misma.

La Sala Capitular se encuentra en la crujía E. del claustro, con entrada desde él y paralela a la sacristía. Es un largo espacio rectangular llamado también Capilla del Cristo por la imagen que lo presidía, y aparece citada por primera vez en 1339 y más tarde con motivo del enterramiento de D. Diego Fernández en 1393⁷, pero desconocemos el aspecto que tuvo originalmente. En las obras de abril de este año de 1992 aparecieron restos de pinturas murales y su techo en forma de alfarje con abundante decoración pintada de cardina y escudos repetidos de los Mendoza. (Fotos 3 y 4).

Dentro de la tipología de techumbres mudéjares, el alfarje es un techo plano apeinado, es decir, una estructura de madera formada por vigas paralelas entre sí que apoyan en los lados largos del espacio que han de cubrir, y se llaman jácenas. Éstas sostienen dos órdenes de vigas de menor escuadría y superpuestas, llamadas correas las perpendiculares a las jácenas, y jaldetas las paralelas a ellas. Unas y otras van acortando el espacio y finalmente sostienen la tablazón de cierre y cobertura definitiva, de modo que la estructura portante —los peinaos— queden vistos. Si esta tablazón estuviera clavada bajo la estructura, el techo adquiriría una superficie plana —ataujera— y se denominaría taujel. (Fig. 2.1)

El alfarje es el techo de más sencilla ejecución, elegido sobre todo para espacios cuya anchura fuese adecuada a la longitud de las vigas, ya que, si aquella fuera superior, habría que recurrir a las armaduras de varios faldones, como las de par e hilera, par y nudillo y gran artesón. Además actuaba por lo general como forjado entre dos ámbitos superpuestos, lo que hizo a Gómez Moreno definirlo como «techo plano holladero», para poder pisar sobre él. Era por tanto el preferido para claustros, salas capitulares, coros y salones de uso civil.

También se recurrió a la decoración pintada desde los ejemplares más antiguos, pues otros sistemas como la lacería implicaba mayor dificultad, y esta decoración ofrece un variado panorama desde el siglo XIII con motivos diferentes y característicos de cada momento. El del siglo XV es precisamente la vegetación naturalista con predilección por las hojas picudas de cardo, que se imponen desde Toledo tanto a las obras estrictamente góticas como a las mudéjares.

En el caso que nos ocupa, las tabicas, es decir, la tablazón de cierre, son rectángulos iguales con el mismo motivo de cardina repetido en todos ellos a base de dos gruesos tallos que se entrecruzan en forma de 8 y encierran dos grandes cogollos de hojas curvadas de perfiles picudos. Están dibujados en trazo negro y la única variedad es la alternancia de colores, pues una tabla presenta el motivo en rojo sobre fondo verde, y la contigua a la inversa. Las sombras y el volumen se realizan con trazos negros como los del perfil y con manchas ocre. (Foto 4).

Al lado de esta decoración, que vista en su conjunto daba una gran riqueza a la sala, se suceden muchos más motivos para cubrir las caras de las vigas —papos— y las distintas uniones de la tablazón —saetinos—. Son por tanto largas cenefas sin apenas interrupciones en su desarrollo, dispuestas alternativamente. Las más perdidas son las

7. MOYA VALGAÑÓN, *ob. cit.*, p. 16. Cfrs. LÓPEZ DE SILANES, C. y SÁINZ RIPA, E., *Colección diplomática calceatense. Archivo Catedral (años 1125-1397)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1985. Docs. 93, 115, 116 y 117.



Foto 3: Vista de conjunto del alfarje de la Sala Capitular.



Foto 4: Detalle de decoración de las tabicas y el escudo de D. Pedro González de Mendoza (1454-1465).

que cubrían las jácenas, pues al ser éstas el punto de enganche del techo de bovedillas que lo cubrió en el siglo XVI, han sufrido considerablemente, aunque aún pueden observarse restos de cardina formando eses a lo largo de un tallo. (Fig. 2.2).

Las correas en cambio ofrecen dos motivos diferentes alternativos: uno es un friso de esquinillas en rojo sobre fondo verde, con perfiles negros y sombras de trazos ocres; y el otro son dos motivos vegetales diferentes, de los cuales uno repite el de las jácenas y el otro es un tallo recto y espinoso como de rosal, a cuyo alrededor se enrolla una cinta. (Fig. 2.3).

Las jaldetas repiten las esquinillas y la cardina, pero en este caso en forma de dos hojas contrapuestas a una flor central de 4 pétalos, e incorporan los dibujos de claraboyas sobre un esquema rómbico de trazado ocre sobre fondo verde. (Fig. 2.4).

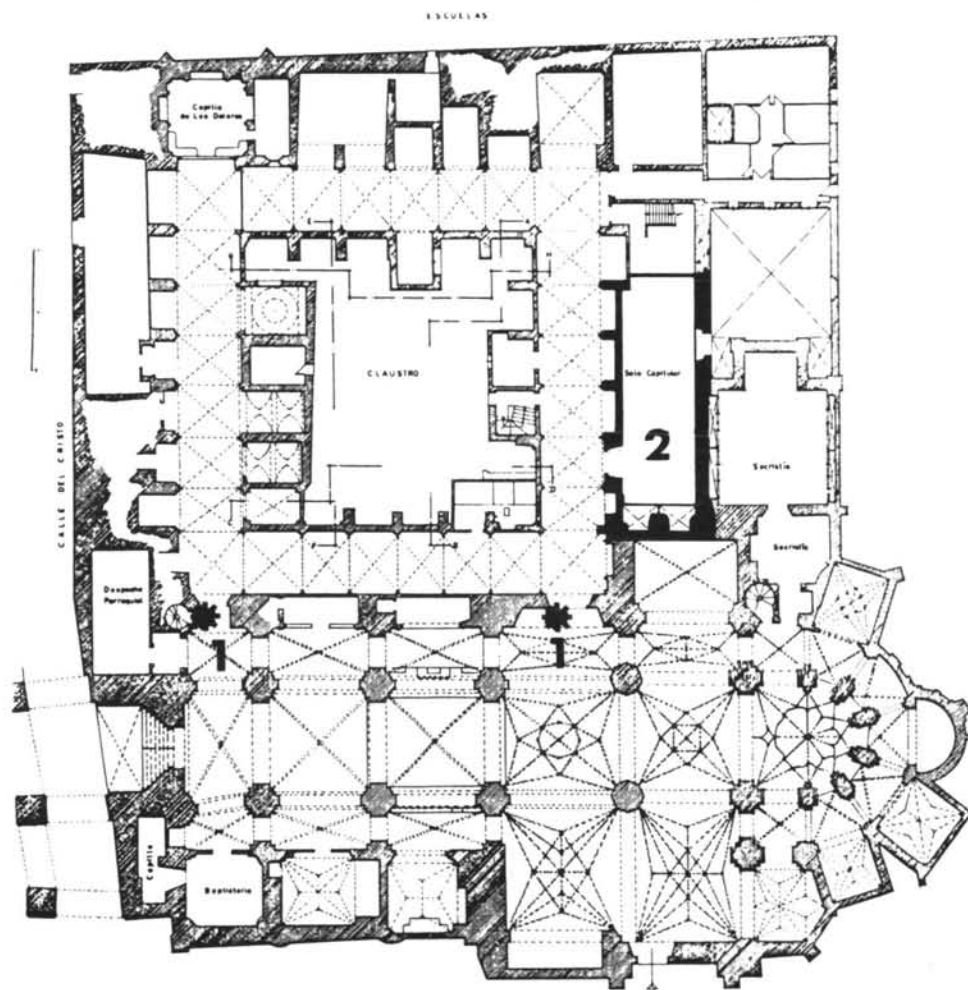


Fig. 1: Planta de la catedral de Santo Domingo según Nérida Poch.
1. Ventanales con celosías de yeso. 2. Sala Capitular.

Por último, hay que reseñar los saetinos o uniones de la tablazón con la estructura, que se llenan de hileras de dientes de sierra ocre y rojos, besantes negros sobre blanco, y cuatrefolios en igual contraste, usándose indistintamente cualquiera de estos motivos. (Fig. 2.5).

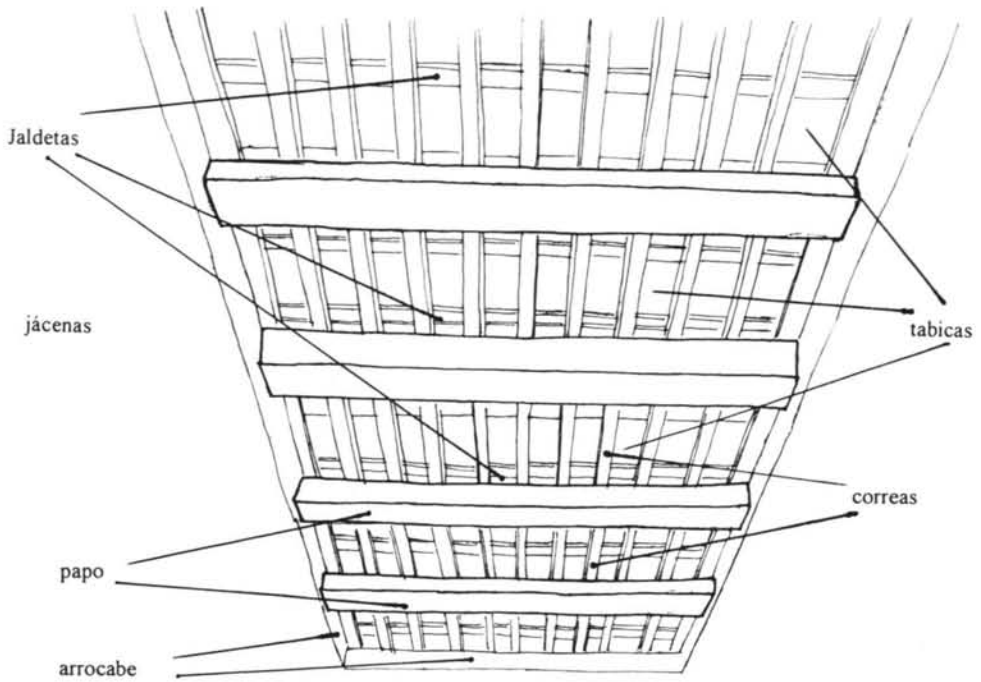
Otro lugar característico de decoración es el arrocabe o unión del techo con el muro, pero está tan destruido como las jácenas por igual motivo que éstas. Sin embargo, hay aún un último tema de singular importancia en las tabicas que ocultan el hueco entre las correas sobre las jácenas. Aquí se repite en todas ellas un escudo cuartelado en aspa entre ramas de cardo, con igual alternancia de tonos rojos y verdes que en el resto, perteneciente a los Mendoza aunque por simplificación se ha suprimido la leyenda AVE MARIA GRATIA PLENA.

Si los demás temas no fueron suficientemente característicos del siglo XV, este elemento nos da la fecha de ejecución entre 1454 y 1465, años en los que fue obispo de Calahorra y La Calzada D. Pedro González de Mendoza. Pero además contamos con un documento del propio obispo en el último año de su mandato en la diócesis en el que cita textualmente que «se han hecho solemnes edificios como es la claustra e capilla del cabildo»⁸.

D. Pedro González de Mendoza, miembro de la poderosa familia Mendoza, perteneció él mismo al Consejo de Castilla durante el reinado de Enrique IV, y alcanzó el capelo cardenalicio en 1473. Y estos datos biográficos no son anecdóticos en el tema que nos ocupa, pues parece significativo que el único resto de carpintería de armar que conocíamos en La Rioja, es decir, la jácena del que fue alfarje del coro de Viniegra de Arriba, lleve como únicos motivos grandes medallones de cardina y los escudos de Castilla. La abundancia de techos pintados que cubren palacios e iglesias del reino de Castilla van acompañados de escudos reales o nobiliarios. Y lo mismo sucede en Aragón, donde los reyes y la aristocracia, tanto civil como religiosa, son los principales promotores y mecenas de las grandes obras de estilo mudéjar. Pero en ambos reinos, el ambiente o el gusto imperante propició también la aparición de otras manifestaciones costeadas directamente por los ciudadanos, como casas de ayuntamiento, iglesias parroquiales, puentes, alhóndigas, etc. Y esta situación es la que echamos de menos en La Rioja sin olvidar que se encontraba en el extremo oriental de Castilla. Aquí los cinco conjuntos citados al inicio están vinculados directamente a la nobleza: el Monasterio de Cañas a los López de Haro; el Alcázar de Nájera a los propios reyes y a los Manrique de Lara; el Monasterio de La Estrella a Diego Fernández de Entrena, arcediano de Calahorra y protonotario pontificio; las yeserías de Sto. Domingo a los obispos promotores de la construcción de la catedral, y no se olviden los escudos de Castilla; y el mismo emblema en el coro de Viniegra.

Quiero con esto decir que los ejemplos de La Rioja están todos directamente vinculados al gusto de la nobleza y no contamos con otros restos nacidos bajo su influencia, lo cual nos lleva a plantearnos una pregunta: ¿el estilo mudéjar no caló en esta parte del reino de Castilla por falta de aprecio hacia el mismo, o porque la población mudéjar se dedicaba fundamentalmente a la agricultura y contaba con tan pocos artesanos que no desarrollaron la misma actividad que en el resto del reino o de Aragón? Por ahora no disponemos aún de suficientes estudios para contestarla.

8. MOYA VALGAÑÓN, *ob. cit.*, pp. 17.



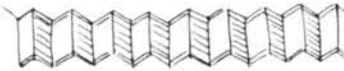
1. partes del alfarje

2. decoración de las jácnas



3. decoración de las correas

esquinillas



cinta alrededor de un tallo



4. decoración de las jaldetas

cardinas



claraboyas



5. decoración de los saetinos



dientes de sierra



besantes



cuatrifolios

Fig. 2: Estructura de un alfarje y decoración del de Santo Domingo.

Como afecto a su antigua sede, D. Pedro González de Mendoza deja en su testamento un legado de 200.000 maravedíes para la obra de la catedral calceatense. Sin embargo el techo mudéjar desapareció en una reforma efectuada en 1559 en la que el canónigo obrero Juan de Valencia encarga al yesero Diego de Baroja, de Torrecilla de Alesanco, que ejecute unas bovedillas en la Sala Capitular y en el claustro en el plazo de quince días. No sabemos si cumplió el plazo pero sí hizo las bóvedas apoyándolas en las jácenas sobre las que clavó una nueva tabla para sostener el cañón de las mismas⁹. A este techo se añadió más tarde un cielo raso que ocultaba el de bovedilla, de modo que al derribarlo en abril de 1992, apareció primero éste y encima el hermoso alfarje, muy sucio como cabe suponer pero bastante bien conservado, lo que hace aún más sorprendente la decisión de ocultarlo como si su estado así lo exigiese.

9. MOYA VALGAÑÓN, J.G., *Documentos para la historia del arte del Archivo Catedral de Santo Domingo de La Calzada*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1986, doc. 127, pp. 140-141.